

» impotencia de dañarnos mas (1). » La espada del vencedor no salió mas de su vaina, acabado que fué el combate. El solo acto de severidad del héroe cristiano fué un acto de rigurosa justicia, al propio tiempo que de alta política : abolió y licenció la guardia pretoriana, que desde dos siglos habia tenia como subyugados á los emperadores, y ponía á pública subasta la púrpura imperial. Algunos meses mas tarde, costó á Maximino Daya el imperio y la vida otra victoria ganada contra él cerca de Heraclea por Licinio (2). Con Maximino desaparecia el último perseguidor de la religion cristiana.

29. Constantino señaló su advenimiento al soberano poder en Roma con un edicto en favor de los cristianos. Les daba libertad de hacer nuevas iglesias y de entrar en posesion de las que les habian sido robadas en la persecucion. Este decreto, datado de Milan, fué remitido á todos los cónsules y goberna-

(1) Traducción de Crevier, *Historia de los emperadores*, tom. XII. Hé aquí el texto de este elocuente pasaje : « Nullus post orbem conditam dies Romano illuxit imperio, cujus tam effusa, tamque insignis gratulatio aut fuerit, aut esse debuerit. Nulli tam læti triumphi, quos annalium vetustas consecratos in litteris habet. Non agebantur quidem ante curram victi duces, sed incedebat soluta nobilitas. Non coniecti in carcerem Barbari, sed deducti è carcere consulares. Non captivi alienigenæ introitu millium honestaverunt, sed Roma jam libera. Nihil ex hostibus accepit, sed seipsam recuperavit, nec præda auctior facta est, sed esse præda desivit, et (quo nihil adjici ad gloriæ magnitudinem potest) imperium recepit quæ servitium sustinebat. Ducí sane omnibus videbantur subacta vitiorum agmina, quæ urbem graviter obsederant. Scelus domitum, victa perfidia, diffidens sibi audacia, et importunitas catenata, et cruenta crudelitas inani terrore frendebat. Superbia atque arrogantia debellata, luxuries coercita, et libido constricta nexu ferreo tenebantur. » (Nazar., *Paneg. Constant. Aug.*)

(2) « Maximino habia sabido con pesar la victoria de Constantino y su alianza con Licinio. Reunió pues en la Siria un ejército de setenta mil hombres y avanzó á grandes etapas para combatirlos. Licinio, que le era muy opuesto, solo tenia unos veinte mil hombres. Algunos dias antes de la batalla le apareció cierta noche un ángel, y le amonestó á levantarse presto y orar al Dios soberano con todo su ejército, prometiéndole la victoria si lo hacia. Licinio, habiendo mandado venir á su secretario, en la mañana del siguiente dia le hizo redactar una oracion cuyas palabras le habia sugerido el ángel, y mandó distribuir este papel á todo el ejército. Llegado el dia de la batalla, sus soldados, despues de haber rezado tres veces esta plegaria, se arrojaron confiadamente sobre las tropas de Maximino, muy superiores en número, y las derrotaron con gran carnicería. Maximino, obligado á la fuga con el resto, se envenenó en Tarso despues de una hartazon. Murió algunos dias despues con atroces dolores. Esta muerte volvió la libertad á toda la Iglesia. » (*Compendio cronológico de la historia eclesiástica*, tom. I, p. 129.)

dores de las provincias. Por primera vez, despues de tres siglos, se atrevió un emperador á proclamar pública y oficialmente sus simpatías por la fe de Jesucristo, y por primera vez tambien fué acogido unánimemente este acto. Constantino trasladaba á los ministros de la religion cristiana los privilegios de que gozaban los sacerdotes paganos. Los clérigos debian de ser exentos de todo tributo, servicios y cargas públicas. Los pontífices eran ya personajes muy considerables, revestidos de la confianza del soberano. Así terminó definitivamente el combate de tres siglos entre la Iglesia de Jesucristo y Roma idólatra. Durante tres siglos Roma idólatra persigue á la Iglesia por sus emperadores, por sus ídolos ; durante tres siglos, la Iglesia padece y muere en sus mártires. Al fin de estos tres siglos, Roma idólatra ve perecer á la vez ídolos y perseguidores : en tanto que la Iglesia, que sobrevive á todos, ve á un jóven héroe enarbolar en sus estandartes el signo, hasta entonces ignominioso, de Jesucristo, la cruz que será en adelante el glorioso estandarte de la humanidad regenerada (313).

30. Apenas entró vencedor en Roma el sucesor de los Césares, hizo buscar al representante de una majestad espiritual cuya púrpura habia estado teñida en sangre hasta allí. Hubo desde entonces reconocidas y proclamadas en el mundo dos soberanías : la del papa y la del emperador ; la una sin mas fuerza que la promesa divina, sin otro apoyo que su flaqueza, sin otras armas que su fe ; la otra, dominadora exterior por la espada, por la legislacion, riqueza y poder, mas sometida á la autoridad de los Pontífices en las cosas del dominio de la fe. La mayor gloria de Constantino fué que comprendió maravillosamente su cargo de emperador cristiano, que se designaba bajo el nombre de *obispo exterior*. — Los Donatistas, á la noticia de su entronizacion, le presentaron una solicitud para apoyarse con su autoridad. « Recurrimos á vos, emperador excelente, á vos que habeis nacido de tan justa raza ; á vos, cuyo padre, solo entre los emperadores, no ha ordenado persecucion contra los cristianos. Os suplicamos que os digneis darnos por jueces los obispos de las Ga-

» lias, pues que las Galias, exentas de la proscripción, no han  
 » tenido como nosotros la desgracia de conocer traidores. Ha-  
 » ced pues juzgar por obispos de las Galias las disensiones que  
 » han sobrevenido en la Iglesia de África. Firmado y dado por  
 » Luciano, Narsucio, Digno, Capiton, Fidencio y demás obis-  
 » pos del partido de Majorino. » — La respuesta de Constantino á esta indigna solicitud debiera estar escrita en letras de oro: « ¡Cómo! exclamó, vosotros me pedís jueces, vosotros  
 » obispos, á mí que soy seglar, y que aguardo yo mismo el  
 » juicio de Cristo! » Envió pues los memoriales con todas las piezas del negocio al papa san Melquíades, bajo cuya presidencia se abrió en 2 de octubre de 313 en el palacio mismo de la emperatriz Fausta, llamado de Letran, un concilio compuesto de diez y nueve obispos de Italia y las Galias. Donato se presentó como acusador de Ceciliano, obispo legítimo de Cartago. Convencido de haber rebautizado á los herejes y de haber sido ordenado por obispos traidores, se retiró del concilio. Se examinaron en seguida detalladamente las actas del conciliábulo de Numidia, que en 311 habia condenado á Ceciliano: se las halló llenas de irregularidades y tachadas de violencia y espíritu de partido. Se discutieron madura y atentamente uno por uno todos los artículos de acusación contra Ceciliano: ninguno era digno de serio exámen; pues que eran todos un tejido de inventadas mentiras y calumnias. Aclarada de tal suerte la cuestión, san Melquíades, con unánime parecer de los obispos del concilio, proclamó la inocencia de Ceciliano y la legitimidad de su ordenación. Sin embargo, llevado del espíritu de alta prudencia que tan peculiar es á todas las medidas emanadas de la Santa Sede, el papa no separaba de su comunión ni á los obispos que habian condenado á Ceciliano, ni á los que habian sido enviados á Roma para acusarle: y aun ofreció, añade san Agustín, recibir en su comunión á los que habian sido ordenados por Majorino, obispo donatista de Cartago; por manera que do quiera se encontrasen dos obispos á consecuencia del cisma, seria mantenido en la silla episcopal el mas antiguo en su ordenación, y se daría el pri-

mer obispado vacante al otro. Donato, de *Casis Nigris*, fué el solo exceptuado de esta medida misericordiosa. Fué condenado como autor de toda aquella perturbación. Regresó pues á Cartago, mas animado que nunca, y pronto á fomentar nuevos disturbios.

31. El papa san Melquíades no vió el fin de estos, porque murió tres meses despues, el 10 de enero de 314. Su moderación, prudencia y caridad le merecieron los elogios de san Agustín, quien hablando de él, exclama: « ¡O hombre excelente! ó verdadero hijo de la paz! ó verdadero padre del pueblo cristiano! » Fué enterrado en el cementerio de Calixto, y despues transportado á la iglesia de San Silvestre *in capite* por san Paulo I. Constantino, al dar al papa san Melquíades el palacio de Letran, habia añadido á esta munificencia imperial una renta anual suficiente para mantener la dignidad del supremo pontífice de la Iglesia. Hallábanse pues los romanos Pontífices de este modo con tanta independencia, que les permitia ejercer su ministerio con libertad apostólica para bien general de la sociedad. El reconocimiento y confianza de los pueblos les revistieron poco á poco de una soberanía que llegó á consolidarse en las costumbres públicas, y á ser consagrada por el tiempo. Carlomagno completará mas tarde el noble pensamiento de Constantino: y la Santa Sede, poder espiritual y pacífico, colocado en medio de los gobiernos civiles, respetado por todos, y de todos independiente, vendrá á ser como el moderador supremo y el árbitro de la cristiandad.

32. Concluye pues la primera época de la historia de la Iglesia con san Melquíades. La conversión de los Césares iba á cambiar la faz del mundo. « Cuando despues de tres siglos de torturas, dice el P. Lacordaire, desde la cima del monte Mario vió Constantino en el aire el *Lábaro*, era que la sangre de los cristianos habia brotado en la sombra, habia subido como un rocío hasta el cielo, y se expandía en él en forma de cruz triunfante. Nuestra libertad pública era fruto de una libertad moral sin antecedente. Nuestra entrada en el Foro de los príncipes era fruto de un imperio que nosotros habia-

» mos ejercitado sobre nosotros mismos hasta la muerte. Era  
 » pues lícito reinar despues de semejante aprendizaje de im-  
 » perio. Era permitido pues revestir de púrpura la doctrina,  
 » despues de tanta sangre con que estaba teñida. Este reinado  
 » no fué largo, por otra parte, aun suponiendo que se pueda  
 » llamar así el tiempo que medió entre Constantino y los Bár-  
 » baros, tiempo tan lleno de combates, durante el cual la  
 » doctrina católica no dejó un solo día de la mano la pluma,  
 » de la boca la palabra <sup>(1)</sup>. »

(1) Conferencia de la catedral de París (30 de noviembre de 1845), por el P. La-  
 cordaire.

## CAPITULO XV.

### SUMARIO.

#### RESÚMEN DE LA PRIMERA ÉPOCA DE LA IGLESIA (año 1-312).

1. — Rápida extension del cristianismo en Italia. — 2. En todo el resto del Occidente. — 3. En el Oriente. — 4. Obstáculos al desarrollo del cristianismo. — 5. Causas favorables á su desarrollo. — 6. Escritores y filósofos paganos hostiles al cristianismo. Luciano, Celso, Porfirio, Jámblico, Filostrato. Vida de Apolonio de Thiana. Hierocles. — 7. Primeros apologistas. — 8. Herejías, cismas. — 9. Gobierno, disciplina y culto. — 10. Conclusion (1).

4. Al acabar el relato de sangrientas persecuciones que han durado tres siglos, no puede menos de ser muy interesante hacerse cargo de la maravillosa extension del cristianismo bajo la cuchilla del tirano. Ya al principio del segundo siglo decia san Justino : « No hay pueblo donde no se encuentren creyentes » en Cristo. » Lo mismo leemos en san Ireneo : « La Iglesia » se habia extendido por toda la tierra y hasta las extremidades mas lejanas del mundo. » Aun son mas terminantes las expresiones de Tertuliano : « Somos de ayer, y llenamos ya » todo lo vuestro ; solo os dejamos los templos. Si quisiéramos separarnos de vosotros y retirarnos á algun país lejano, » quedaria desconcertado vuestro poder con la pérdida de » tanto ciudadano. Os espantariais del desierto en que os dejaríamos, y del silencio del mundo en torno vuestro ; tendriais » que ir en busca de hombres á quienes mandar. » Quisiéramos saber cuál era, en la época de la persecucion de Diocleciano, el número de cristianos comparativamente al de los paganos. A falta de noticias positivas, nos dará una idea aproxi-

(1) Véase para el conjunto de las épocas primera y segunda la obra del doctor Doelinger, profesor de historia en la universidad de Munich, intitulada *Orígenes del cristianismo*, 2 vol. en 8º. francés, de cuya obra hemos tomado las ideas principales de este capítulo.